

Cuando entrabas a su departamento, te dominaba instantáneamente una vaga sensación de incomodidad. Había algo demasiado abierto o demasiado blanco o demasiado nuevo en el lugar. La sensación te golpeaba, te alteraba, provocándote movimientos nerviosos y actitudes a los que no eras propenso en cualquier otro lado. Te sentabas en el borde de su ancho sillón reclinable, intentando desesperadamente no resbalar hacia atrás, hacia una posición desde la que hubiera sido demasiado trabajoso levantarse, y, al mismo tiempo, parecer cómodo. Era imposible. Mirabas las paredes alrededor, buscando algo interesante para focalizar y distraerte de lo incómodo que estabas, y te decepcionabas cada vez. Tratabas de interesarte, o tratabas de pensar en las razones de por qué podrías ser capaz de interesarte en su poster enmarcado de Les Misérables, o su poster de un recital del sesenta en Alemania que mostraba una forma rara de estilo psicodélico menos estimulante todavía que la modelo americana, o su foto de Larry Bird parado en un campo con pasto sacada de la página central del Sports Illustrated. Pero no lo lograbas. Eventualmente, completabas el círculo y tus ojos cansados y frustrados caían en Dave mismo. Te fijabas en sus ojos, que estaban constantemente lanzando miradas hacia un lado, a un par de medias sucias que él temía que pudieran desagradar con el olor. En seguida estas miradas te volvían loco. Como ya lo habías hecho tres veces o más, mirabas las medias sin saber porqué. Allí estaban todavía, como culpables al pie del colchón blanco que se encontraba justo a la altura incorrecta, demasiado bajo para sentarse cómodo, demasiado alto para una comodidad ceñida y cercana al suelo, sostenido por unas tablas de madera pesadamente barnizadas y paradas de punta. Él mismo había construido esa cama y lo ponía muy nervioso sentirse o no orgulloso de ello. No había nada de qué sentirse orgulloso. Después tenías que volver a mirarlo, por cortesía, porque él estaba hablando. A veces había un punto, en un buen día, cuando podías fijar la mirada en lo más alto del tabique de su nariz, justo entre sus ojos que eran grandes y, a la vez, parecían dos cuentas de collar. Este era el único punto de toda la cara que no se movía y que tenía un apariencia relativamente tranquila. Sabías por experiencia, mirar debajo de la nariz, que de por sí era desproporcionada, aunque no se moviera, debido a su tamaño y a su forma hinchada y extraña. Recordabas cómo podías mirar su mentón sin mucho problema, observando los numerosos pelos rubios que asomaban por su piel, pero en un momento dado llegaba su tic que te sacaba brutalmente de tu tan esperado soplo de tranquilidad y te llevaba frenético a buscar de nuevo en las paredes. Su tic no era incontrolable desde el punto de vista médico, era sólo una manía nerviosa de abrir violentamente y rápido toda la boca por un instante y después dejarla volver a su posición de hablar o de descanso, ligera pero notoriamente abierta. De manera que probabas tu suerte con la parte plana de la nariz, justo en la parte más alta, entre los ojos, y tratabas de respirar tranquilo mientras lo escuchabas hablar.

«Me estoy empezando a interesar en los Travelling Wilburys», decía con orgullo. Sabía que te dedicabas a la música y los Burrys tienen, entre sus integrantes, muchos nombres con los que no se puede fallar. A algunos de éstos los mencionaba al pasar como si para él no fuera muy

apasionante hablar de esas cosas, intentando dejar caer los nombres como si lo hubiera estado haciendo hace años. «Petty tiene un sonido increíble, ¿no? Sabe algo que, tipo, nosotros, o tal vez vos sí, pero, tipo, yo al menos, no sé. ¡En cambio, George sí que sabe!» y empezaba a entusiasmarse y decía riendo el resto de la frase, perdiéndose así algunas palabras. Te encontrabas a vos mismo esforzándote por hacer los mismos ruidos que él hacía y diciendo «claro, sí, claro.»

«Está en el fondo en un videotipo (y hacía su interpretación de George Harrison, sosteniendo las manos en una posición bastante exacta de guitarra invisible, pero tocando con la mano izquierda donde podía estar el diapason y moviendo los dedos de la derecha por todos lados) ¿viste?»

Cambiabas de tema. «¿Qué hacés con la revista Cosmopolitan, Dave?»

«Ah, eso, sí. Siento que me da un poquito así (y hacía una pizza con los dedos) de ventaja en el juego.» Claramente, había ensayado esto último y lo pronunciaba con una combinación de cabeceo y sonrisa probada ante el espejo.

«Claro, sí, claro», forzabas un poco más de risa, sin estar muy seguro a qué juego se estaba refiriendo pero casi seguro de que se trataba de mujeres.

«¿Que pasó con esa chica, Dave? ¿La volviste a ver?» «No, sabés, desde esa única vez no volvió al negocio.» Hablaba de una chica que vio en una oportunidad en la heladería donde trabajaba. La última vez, cuando te contó que la había visto, pensaste que a lo mejor comenzaba allí una historia. Quizás realmente le habló o algo así, o ella le habló a él. Pero no. Sin embargo, ella había sido vista, según te informaba enérgicamente Dave, que, más que contarle, te lo ofrecía. Cuando te hablaba parecía estar metiendo un tímido dedo del pie en aguas desconocidas, y era justamente así como te sentías estando allí sentado.

«Ahora que lo pienso, la vez pasada, ¿no? cuando ella estaba adentro, cuando la vi, creo que definitivamente ella, como que me miró, sabés, como que ella, nosotros, tuvimos un contacto visual.» En ese momento aparecía el tic de la boca. Las palabras «ella» y «nosotros» le habían resultado particularmente difíciles.

«¿En serio?» Ahora tu interés era genuino, aunque la causa de éste fuera un tanto viciosa. «Tendrías que decirle algo. ¿Por qué no?» Y entonces realmente querías irte. La gran caja blanca de la habitación comenzaba a sentirse seca y rancia y las medias comenzaban a lloriquear y comenzaba a ganarte el sillón. Te levantabas para ir a mirar su colección de discos, dándole a ese lugar una última oportunidad de obtener tu interés. Fracasaba y decías «Bueno, me parece que me voy» sintiendo que por alguna razón le debías la honestidad de no darle una excusa inventada. Percibías una conmoción y un gran pánico sobreviniendo detrás de sus ojos que se ponían en blanco mientras te acompañaba hasta la puerta en forma robótica y torpe, interponiéndose levemente, una y otra vez, en tu espacio personal. Sentías que en cualquier momento ya no podrías respirar. El pasillo te era refrescante como una cascada de un verde oscuro. Salías caminando hacia la calle trece, sintiéndote tan feliz y tan vivo. Tratabas de no admitirlo y la amargura de la culpa se equilibraba con la dulzura de la libertad y quedabas sobrio, otra vez, en la llovizna.

*Nick Stumpf es de Washington D. C. Durante este cuatrimestre cursa algunas materias en nuestra Escuela de Letras, por el sistema de intercambio que la Universidad mantiene con diversas instituciones de EE.UU. y otros países.